



*Lucidísimo todo
div. Por esta impo
mas una de bñados y
serim a invier y est
de para lo tñro
albe
una a
peso
mus
com
una
ytra
Est
de
p
o
y
in
en
all
br
y la*

Víctor Amela

Si yo me pierdo



Si yo
me
pierdo

Víctor
Amela

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1584

© Víctor M. Amela, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

De los mapas y las ilustraciones del interior, © Salomart

De las fotografías, © Alejandro Gorafe, © Archivo Fundación Federico García Lorca, Centro Federico García Lorca, © AESA, © Archivo ABC, © University of Miami. Library. Cuban Heritage Collection. Federico García Lorca Papers, © Jordi Espresate, © Cesión del Archivo Museo Casa Natal FGL -Fuente Vaqueros- (Donación Juan de Loxa), © Colección Particular, D. R., Archivo del autor

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir las imágenes publicadas en esta obra. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

Primera edición: octubre de 2022

ISBN: 978-84-233-6187-8

Depósito legal: B. 14.419-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

Hotel Habana Libre

La Habana, 19 de diciembre de 2020

—Pero... ¿te dejan volar?

—Pero... ¡te contagiarás!

—Pero... ¿podrás volver? Y... ¿por qué a Cuba?

COVID y miedo en el aire. Suben los contagios en Barcelona. El ministro sostiene que habrá vacuna a fin de año. Y ahora Cuba reabre aeropuertos, cerrados desde agosto: es ahora, ahora debo pisar Cuba —ahora... o ¿cuándo?— si quiero contar la historia que sueño contar. Me voy. No digo nada a nadie.

—¿Su primera vez en Cuba? ¡Sea usted bienvenido! Y no salga de su habitación hasta que yo le avise.

Silenay, doctora del hotel Habana Libre, cabello de negro charol, me disciplina. Veo fotos de los barbudos del 1 de enero de 1959 en las paredes. Es medianoche. Estoy solo en la recepción. Silenay se que-

da mi papel sellado por sus colegas del aeropuerto José Martí: primera PCR de mi vida, hace dos horas.

—Doctora Silenay, disculpe: ¿cuándo llegará mi resultado?

—Yo le avisaré. Suba a su habitación. Buenas noches.

—Pero... ¿veinticuatro horas?

—Quizá dos días.

—Pero yo...

—O tres días.

Estoy donde yo quería, estoy en Cuba.

2

Hotel Habana Libre

La Habana, 20 de diciembre de 2020. Día 1 confinado

El sol asoma y espolvorea oro sobre los terrados de La Habana, a mis pies. Habitación 2301, planta 23 del hotel Habana Libre, ciento cincuenta metros sobre el nivel del mar: el mejor mirador habanero. Imposible ver más océano besando el Malecón, y remansado al pie del Morro, allá a mi derecha... Por ahí entró el vapor Cuba, a las tres de la tarde del 7 de marzo de 1930. Federico a bordo.

Para eso he venido a Cuba.

Para ver a Federico García Lorca desembarcar tras ocho meses en Nueva York, pasmado ante la aparición de La Habana, con su línea de cañaverales, su línea de terrazas, su línea de palmeras. Para verle admirar en el muelle a «negritos sin drama». Para verle impartir tres conferencias en una semana, que luego serán siete, y nueve... Y pasará un mes, y pasarán dos meses... ¡Y tres meses! Noventa y ocho días: ¿por qué, Federico? Hace noventa años de eso, pero yo voy a seguir tus pasos en cafetines y heladerías, terrazas y cabarets, fiestas y balnearios, teatros e igle-

sias, cantinas, playas y camas. Y en una casa encantada. Y en un Ford 1930 descapotable que cruza la noche a toda velocidad.

Para eso he venido a Cuba.

Para verte, Federico, desplegar «los cinco sentidos corporales» de toda poesía buena («más un sexto sentido, que es el misterio»), verte empapado de la ebriedad del ron y el mar en el lugar más efervescente de habla española en 1930, y verte crear *El público*, tu obra «francamente homosexual», decías. Y tu madre no entendía que no volvieras a Granada, que no le escribieras... ¿Qué hacías tú en Cuba, Federico?

Para eso he venido a Cuba.

—¿Sabemos algo de mi prueba?

A mediodía llamo a recepción, pruebo suerte.

—Nada, señor.

Releo los testimonios de la estancia cubana de Federico, ojeo planos de La Habana, y el mapa de carreteras de Cuba, y la agenda de las personas con las que quiero contactar.

—¿Sabemos algo de mi prueba?

A media tarde llamo a recepción, pruebo suerte.

—Nada, señor.

Las máscaras. De la maleta saco las máscaras de cartulina: treinta fotocopias a color de la cara de Federico, que sonrío a tamaño natural. Un buen regalo de cumpleaños de parte de mis amigos. Pienso repartirlas en Cuba. Federico sonrío. Será un guiño de simpatía lorquiana. Inserto una careta en el ángulo

del marco de un cuadro de la habitación, la calle Empedrado de Habana Vieja.

Federico me sonrío.

Y bajo su sonrisa monto mi improvisado escritorio: libros, una botella de anís seco para un periodista local, una bolsa de medicamentos para los amigos de un amigo, un gorrito de bebé que debo entregar a un santero, mi petaca con whisky...

—¿Sabemos algo de mi prueba?

Anochece y llamo a recepción, pruebo suerte.

—Nada, señor.

Segunda noche levitando sobre La Habana, hecha de lagunas negras y dispersos puntitos de luz. En Europa, mil farolas alancean a los amantes, aquí los enamorados se besan en la esquina sin ser vistos. Ceno en la habitación. No hay alcohol. Pero sí whisky en mi petaca. Federico bebía whisky con soda.

Federico me sonrío.

Brindo con él. Sin soda, con algo de agua.

¿Me ayudarás, Federico?

Reviso notas.

¿Por dónde empezaré a novelar?

—¿Y si sales de la habitación? Nada, al pasillo...

Me lo sugieren o Federico o el whisky. Es la una de la madrugada. ¿Y si salgo? Solo al pasillo. Llevo más de veinticuatro horas siendo bueno. En la recepción me dijeron que hay más de quinientas habitaciones, y soy casi el único cliente.

—¿Estás en la planta 23? Mira, donde la *suite* de Fidel.

Me lo ha explicado por teléfono, a media tarde, uno de mis contactos habaneros que visitaré cuando me suelten.

—Fidel entró en La Habana el 8 de enero de 1959 y se instaló en la *suite* 2324. Está en tu misma planta.

Salgo al pasillo. Cierro la puerta tras de mí. Camino lento. Si me ven, me disculparé y recularé. Pero ni un alma. Nadie en la planta 23. La *suite* 2324 parece estar al final del pasillo. Voy. Sí, coincide con el ángulo del edificio, y por tanto con las mejores vistas. La *suite* de Fidel Castro.

—Donde Fidel templó con Massiel.

Es la leyenda urbana que me cuenta mi amigo. Fidel vivió aquí de enero de 1959 a 1961. Era su cuartel general. Yo nacía en 1960 en Barcelona y aquí Fidel Castro mordía habano y diseñaba la Cuba que conocemos. Era aún el Habana Hilton, el más suntuoso hotel de Cuba y orgullo de Meyer Lansky, administrador de los negocios de la mafia estadounidense en Cuba. Fidel Castro lo expropió en 1961 y lo rebautizó Habana Libre.

En la *suite* 2324 recibió Fidel en 1960 a su amante Marita Lorenz, jovencita alemana de dieciocho años que se presentó para envenenarle, adiestrada por la CIA. «Vienes a asesinarme, ¿verdad?», le preguntó él, párpados cerrados, habano encendido. «Sí», confesó ella. «Hazlo —le brindó él su pistola—, y recuerda: yo soy Cuba.» Ella lloró. «No puedo matarte, Fidel, porque yo te amo.» Marita arrojó al váter las pastillas e hicieron el amor. Luego ella partió para siempre.

—Pero... ¿Massiel? ¿Qué me decías de Massiel?

—Massiel era una joven celebridad que había ganado el Festival de la Canción de Eurovisión en 1968.

—Yo lo vi en directo por televisión, tenía ocho años.

—Fidel y Massiel se citaron en 1970. Él entró por el aparcamiento del Habana Libre en su carro, sin ser visto, subió a su *suite*, dio aviso a recepción: «Llegará una mujer española. Ya ustedes la reconocerán. Acompañenla a mi *suite*».

Mi amigo relata la leyenda con timbre patriótico.

—¿Massiel? No te creo —le objeto.

—Massiel y Fidel templaron. Y esa *suite* se llama hoy «La castellana».

Silencio en la *suite* 2324, y en toda la planta 23. Estoy solo. Federico estuvo en Cuba en la primavera del año 1930. ¿Había nacido ya Fidel Castro? Sí, era un niño de tres años y diez meses en Birán aquel 12 de junio de 1930, día en que Federico partía de Cuba. Y por Birán no pasó Federico: ahí, pues, no tengo materia novelable. De vuelta a la 2301, veo en el pasillo a Fidel, que pasea descalzo sobre la moqueta, en batín, Cohiba Lancero en una mano y copa de Chivas 12 en la otra. Mi whisky, yo en vaso de plástico del aseo.